

LA ESCUCHA DEL ADOLESCENTE

Por Eduardo José Cárdenas ¹

Soy de los que piensan que para escuchar a alguien primero hay que apreciarlo, valorarlo. No existe verdaderamente un diálogo con alguien a quien uno no reconoce o valora. El diálogo entre adultos y adolescentes se resiente porque ninguno de los dos valora al otro, cuando el conflicto se establece.

Cuando Sigmund Freud llegó a los Estados Unidos, ya viejo y famoso, fue interrogado por un periodista sobre los componentes de una vida madura y feliz. Se esperaba un discurso en respuesta, pero sólo salieron de su boca tres palabras: *Lieben und arbeiten*, amar y trabajar. Para el sabio vienés, el hombre trasponía el umbral de la adolescencia y llegaba a la joven adultez cuando era capaz de formar una pareja estable y fértil, e incorporarse al proceso de producción social.

Entre la niñez, período bien definido porque en él se estructura el psiquismo y se adquieren las habilidades básicas para adaptarse a la vida social, y la adultez, etapa central en la cual el hombre ya maduro rinde a la especie los frutos físicos, emocionales e intelectuales que lleva consigo (inclusive a través de la producción de hijos), la adolescencia queda como un tiempo de flotación, de *moratoria*. El hombre y la mujer ya tienen la aptitud orgánica para producir y reproducirse, pero la sociedad todavía no se los permite porque antes tienen que aprender algunas cosas. Éstas pueden aprenderse en pocos días (como ocurría, por ejemplo, entre los bosquimanos, cuyos jóvenes sólo debían cazar su primera presa y las mujeres pasar por el ritual de iniciación para transformarse en adultos) o en muchísimos años (si la sociedad exige un *master* en una universidad del primer mundo para entregar el diploma de adultez).

Cualquiera sea su duración, la adolescencia desde la perspectiva adultocéntrica (prepararse para amar y trabajar) parece siempre una etapa desvaída, proclive a las desviaciones y a las frustraciones. ¿No se trata acaso de la llamada popularmente “edad del pavo”? ¿No es acaso objeto de burla y de científica descalificación ese fenómeno tan típicamente adolescente como es el enamorarse? ¿No lo es también acaso el idealismo y la férrea fidelidad a los amigos, por el mismo motivo?

No ocurre lo mismo con la niñez. Ésta no disputa a los adultos ninguna región, está sometida a ellos sin discusión y además es una edad “linda”, no sólo porque los chicos son lindos sino porque fundamentalmente

su actividad es jugar. Queremos ser confiados y lúdicos como los niños, aun cuando seamos ya adultos o ancianos.

En cambio la adolescencia entra en guerra con la adultez. El adulto sabe que al adolescente no le faltan ninguno de los atributos que a él también lo honran. Es más, en algún aspecto (nada menos que en el sexual y también en otros) el adolescente está en ventaja. Puede competir con el adulto y con mucho éxito, sacándole mujeres a los hombres y hombres a las mujeres. Puede tener enamoradas o enamorados rendidos a sus pies, como el adulto hace tiempo que ya no tiene. Tiene un cuerpo joven para gozar y para resistir. Es probable que tenga mejor vista, un oído más fino y una memoria más virgen.

El ideal sería, para los adultos, que la adolescencia, con todas sus ambigüedades, deformidades, riesgos y ridiculeces, “pasara cuanto antes”. “Por suerte, siempre pasa”, dicen. ¿Qué es lo que tiene que “pasar”? Esa enfermedad llamada adolescencia: quienes la padecen le disputan terreno al adulto, pero sin asumir sus “responsabilidades”. Esa enfermedad corporal de tener el físico desparejamente crecido, esa enfermedad emocional de estar pendiente de una sola persona (su novia o su novio), esa enfermedad social de no ser productivo. Hay que esperar a que pase. Es un período de *moratoria*.

Pero la perspectiva adultocéntrica, con lo sólida que ha devenido con el pasar de los siglos y el reciente apoyo de una ciencia tan seductora como la psicología, tiene su punto débil. A mi entender, su talón de Aquiles es la inextinguible añoranza que los adultos sienten por las cosas que viven los adolescentes. Considero que al menos hay cuatro cosas que los adultos envidian profundamente a los adolescentes y que consideran de las mejores que les ocurren a los seres humanos:

- El enamoramiento, que la filosofía, desde Platón en adelante, ha considerado un estado de privilegio provocado por los dioses, y que la poesía erótica de todos los tiempos ha puesto en un pedestal.
- La pertenencia a la tribu, sin dobleces ni mezquindades, sabiendo que él y el grupo o a la banda son una sola cosa.
- La no necesidad de producir ni reproducir; en otras palabras, la prescindencia de las obligaciones que trae consigo la adultez.
- La sensación de que la vida está toda por delante (incluso en lo sexual), que hay tiempo para experimentar y equivocarse, pero también para experimentar y ganar.

Y lo peor es que si el adulto se enfrenta con su hijo adolescente generalmente lo hace cuando ha llegado al tope de su carrera o se siente fracasado (en el mundo del trabajo o, en el caso de muchas madres, cuando ha terminado la crianza de los hijos). A menudo carece en ese momento de un proyecto personal o de pareja que comprenda la segunda mitad de la vida. Pareciera que el aparato psíquico de los humanos está todavía programado para vivir como máximo 50 años y no 100, como es el actual desafío.

Soy consciente, sin embargo, que las descripciones que acabo de hacer no aclaran, quizá ocultan, lo esencial: la enorme dificultad que tiene el adulto para comprender la cultura de su hijo adolescente, con quien está en conflicto, como algo valioso en sí mismo. Los padres afirman que el hijo “no hace nada” y éste asegura: “hago de todo” y ambos tienen razón. Confieso que, por mi edad, me cuesta valorar seriamente esa cultura, pero profesionalmente he tenido que afrontar esa tarea.

Considero, munido de un darwinismo quizá algo simplificado, que en la manada humana hay dos grupos que cumplen funciones diferentes: son los “reproductores-cuidadores” y los “exploradores”. Entre los reproductores-cuidadores se encuentra la mayoría de los adultos de la manada: son aquellos que se dedican con afán, sudor, lágrimas, sangre y responsabilidad a reproducir la especie y también – lo que no es menos importante – la entera cultura de la especie, y a organizar la sociedad y producir, para poder reproducir con éxito. Ellos no se arriesgan a comer frutos o pastos no probados, ni a ocupar tierras no exploradas con anticipación (puede haber tigres). Su misión tiene que ver con el cuidado del presente y el futuro de la especie, no con el riesgo.

Para eso están los exploradores, quienes sí se arriesgan, audaz e inconscientemente, en parte porque lo sienten como su misión, en parte porque disfrutan de la rara compañía de otros exploradores y del relato de sus aventuras (casi siempre se reúnen a ras de la vereda y al pie de un quiosco) y en parte porque no toleran la cercanía del resto de la manada.

A los exploradores les pasan cosas raras. A menudo se mueren de sobredosis, en ocasiones terminan su vida en neuropsiquiátricos o en cárceles, pero a veces descubren mundos nuevos, antes ocultos o interdictos, y gracias a ellos la humanidad progresa. Los “reproductores-cuidadores” usufructúan luego de las nuevas plantitas sabrosas que ellos consumieron, descubriendo que no eran venenosas (al menos dosificándolas), o de los nuevos paisajes (donde no había tigres). Y luego reproducen masivamente las

nuevas posibilidades. Así es la historia de la cultura de la manada homínida.

Cuando pienso en Artaud, Verlaine, Baudelaire, Rimbaud, y tantos otros, no puedo sino agradecerles los golpes que se dieron, gracias a los cuales yo, sin golpearme, puedo gozar de algo más de belleza y libertad. Y se me ocurre, y a veces constato, que sus padres no deberían estar muy contentos con ellos (al menos hasta que lograron algo de fama, y eso siempre que la obtuvieran antes de morir). Pocos tienen, como Vincent van Gogh, un hermano Theo.

Pues bien, a mi modesto entender, muchos adolescentes conflictivos y rebeldes son exploradores. No a todos les va bien, muchos – la mayoría – se transforman más o menos rápidamente en reproductores-cuidadores y otros no descubren nada nuevo. Pero algunos lo hacen, y como no sé anticipadamente cuál será el explorador afortunado, no quisiera segarlos en plena juventud. No quisiera que su “emancipación” fuera en realidad una “adaptación” o una castración.

A esta altura, hasta el lector menos avisado se habrá dado cuenta de que no simpatizo con la mirada adultocéntrica sobre el adolescente. Pero debo aclarar que, en honor de la verdad, tampoco me agrada la perspectiva desde la cual el adolescente juzga el mundo de los padres. Éstos son, por supuesto, reproductores-cuidadores, lo cual significa también una grave responsabilidad histórica, muchos deberes y limitaciones y sobre todo un sentimiento muy instalado de que su prole debe “triunfar” (no sólo en el terreno crematístico sino también en el de la felicidad, que implica, para los reproductores-cuidadores, también asimilación de la cultura y reproducción).

Para los reproductores-cuidadores, un cierto orden es imprescindible. Millones de homínidos no podrían reproducirse y reproducir su cultura sin algún tipo de certezas. Ellos comprenden bien, aunque no todos, que es necesario que haya transgresivos “exploradores” para que la humanidad progrese. Pero no entienden que su hijo adolescente esté ocupando ese lugar. En realidad, lo ven como un fracasado actual o en potencia. La idea es que el hijo se transforme en un buen reproductor-cuidador, y que otros hagan la tarea explorativa.

Cuando el hijo se droga, o alucina, o infringe la ley, o anda en bandas sospechosas, una honda tristeza los invade, una sensación de profunda frustración los habita. Quizá no haya fracaso más grande para un reproductor-cuidador que tener una reproducción fracasada. Es una vergüenza íntima y horrible. La ira del padre, su tendencia a olvidarlo todo y a fugarse de la

relación con su hijo y hasta de la familia, nace de esa frustración. Su ira, aun cuando se visualice como desprecio, descalificación y violencia, va acompañada siempre de una inacabable depresión.

Si el descalificar la cultura de los adolescentes lleva al fracaso, igual fracaso se logra mirando la adultez desde la perspectiva adolescente. Más de una vez, identificándose con ellos, se ha juzgado a los adultos reproductores-cuidadores (de los que formo parte) como burgueses tontos, falsos y cobardes. Esta descalificación siempre termina mal, al igual que la primera. Para ambas descalificaciones pueden encontrarse explicaciones científicas, pero no están avaladas por resultados exitosos.

Si puedo no condenar ninguna de las dos culturas (no condeno la droga ni la delincuencia juvenil ni la falsedad o cobardía adultas) ya empiezo a solucionar el problema. Si puedo hacer más todavía y valorar las dos culturas con auténtico respeto y quizás hasta con admiración y aprecio por ambas, el problema está casi resuelto.

Si puedo hacer un vínculo positivo con los padres que permita que ellos comprendan el problema como yo lo estoy viendo y a la vez se pongan a cargo del proceso de cambio, el problema se desvanece.

En primer lugar, por que yo no intentaré que el adulto sea como a mí me gustaría que fuese. Y en segundo término, por que lo que los padres y yo buscaremos de ahí en más no es que el adolescente se transforme en adulto (y hay varios modos muy taimados de actuar este deseo, aun desde una perspectiva progresista). Lo que buscaremos será un entendimiento entre adultos y adolescentes, liderado por los padres, para una convivencia colaborativa. Se buscará y exigirá solamente cooperación para el crecimiento de todos.

Además, y casi como un regalo extra, muy a menudo se hallará en ese preciso momento que adultos y adolescentes tienen entre ellos muchas cosas en común, muchas más de las que piensan.

Notas

[[← 1](#)]

El autor fue juez de familia en la ciudad de Buenos Aires entre 1979 y 1999. Es profesor de mediación familiar desde 1992 y abogado de familia y mediador familiar desde que dejó la magistratura.

Table of Contents

[Notas](#)